

GUÉRIN, MIGUEL ALBERTO. 1995. "De lo aleatorio", en OSORIO, DANIEL Y MIGUEL ALBERTO GUÉRIN. 1995. *Aleatorias* (Buenos Aires), p. 1.

De lo aleatorio

MIGUEL ALBERTO GUÉRIN
IHA, fCH, UNLPam
CEHCAU, FADU, UBA

Lo aleatorio es la lógica del azar. Es la cara superior del dado, de la *álea*, del *zahr*, al final del recorrido que nace de la mano que ansía saber si la figura elegida y deseada por la mente coincide con alguna señal externa al todo que la mano, el cuerpo y la mente integran.

Pensar lo aleatorio requiere aceptar la noción de destino, un orden trascendente que encierra, entre otras certezas, las distancias que nos separan de la muerte, y que solo se nos revela mediante señales que la razón no penetra.

Lo aleatorio explica dimensiones físicas del mundo y tiñe nuestra idea de la realidad cotidiana. En efecto, mediante el instrumento, cuyos orígenes se hunden en las raíces de las culturas y que es prueba evidente de que algo esencial de nosotros antecede en mucho a nuestra existencia y perdurará indefinida e imprevisiblemente, la mano adquiere sutileza o brutalidad, precisión o rudeza, y la mente experimenta lo aleatorio. El pincel que la mano instrumenta, cuando deposita pintura sobre la tela, sólo parcialmente satisface lo que la mente desea; el resto es resultado no previsto, a veces indeseable, pero también, a menudo, revelador de dimensiones que la mente hasta entonces no sospechaba. El artista sabe incorporar lo aleatorio a su obra, la deja crecer por caminos nuevos; el artesano, que convive con el artista, retoca, una y otra vez, en busca de una perfección externa y esencialmente inalcanzable.

El artesano engendra la máquina, intenta satisfacer el deseo de tornar idénticos el diseño y el resultado, y de repetir el producto sin límites ni diferencias. Por la máquina revalorizamos al artista y apreciamos, con nostalgia, las imperfecciones del artesano.

Pero, en algún momento, la máquina deja de servir a la finalidad para la que fue diseñada y produce de manera aleatoria. Así, una máquina hecha para imprimir millares de imágenes idénticas -fotografías de estudio o instantáneas, avisos dibujados o compuestos mediante sutiles programas de diseño, letras en infinita diversidad de secuencias- comienza a entregarnos irrepitibles imágenes de colores superpuestos en audaces transparencias, en las que el ojo, fiel esclavo de las formas con que la cultura mira, quiere construir representaciones de bosques, fondos marinos, cielos y nubes al amanecer o en ocaso, geologías. El intento es vano; esas formas no responden a un código de comunicación humano. Frente a ellas sólo cabe la mirada ingenua, admirada, que el paisaje suele provocar, y la confianza, la fe, en que o bien todo es esencialmente aleatorio, caótico, o bien todo es orden cósmico, donde cada manifestación encuentra su causa y se reconcilia con ella y con su consecuencia.

MIGUEL ALBERTO GUÉRIN
IHA, fCH, UNLPam
CEHCAU, FADU, UBA